

A la seguridad hay que darle su lugar



Por: Nohra Maldonado,
Periodista

Maritza Camargo Pérez tiene 39 años, nació en Cúcuta, pero creció en Puerto Santander, un municipio nortesantandereano, en la frontera con Venezuela. Es la mayor de seis hermanos y se crió en el campo. Su pa-

Más allá de un tema económico, la formalización laboral gana cada vez más espacios dejando de lado la creencia errada de que la seguridad social es un sobrecosto cuando en realidad se trata de una inversión y de un seguro a largo plazo.

dre siempre trabajó como encargado de fincas, mientras que su madre se ocupaba de atender el hogar y preparar la comida para los trabajadores.

Aunque tuvo una infancia feliz, reconoce que las labores propias del campo nunca le llamaron la atención, sembrar, buscar leña, lavar y cocinar, no eran sus mayores virtudes, aunque las hacía con dedicación y empeño. Amaba estudiar y aprender se convirtió en su reto. La escuela quedaba a tres horas de camino, así que sabía que no podía desaprovechar el tiempo y mucho menos perder un año. Cuando comenzó el bachillerato se sintió privilegiada, porque en aquella época y en su contexto social, lograr cursar la secundaria era un lujo.

A los 15 años ya era la administradora de un supermercado en Tibú, mientras que de noche continuaba con su preparación académica. Estudió tecnología en Sistemas y se graduó con mención meritoria. Sin embargo, no asistió a la ceremonia. El protagonismo no es lo suyo.

Trabajó en lo que se encontró, droguerías, almacenes de zapatos, casas de cambio y hasta fue guardia de seguridad en pozos petroleros. Allí comenzó a conocer el mundo de la seguridad industrial. Así, haciendo sus rondas, se enteró de una vacante en seguridad laboral, se postuló sin tener idea de qué se trataba. “El primer día de trabajo descubrí que no sabía nada del tema, el segundo tercero, lo confirmé y al tercer día, en un ataque de sensatez, renuncié. No sabía identificar peligros, así que la gente se encontraría con ellos y moriría. Yo no quería cargar con un muerto”, asegura con la firmeza que transmite la voz de la experiencia.

Pero no se dio por vencida, asumió el reto, leyó, estudió, aprendió, al punto que cuatro meses después ya era supervisora. Escaló todos los peldaños de su profesión mientras trabajaba en Ecopetrol, fue contratista, interventora e hizo parte de la Gerencia de Proyectos.

Estudió Administración en Salud Ocupacional y tiempo después tuvo a su hija. Ese fue el detonante de su in-

dependencia. Decidió que no quería que su pequeña se criara en Bogotá y regresó a Cúcuta. “Tengo una deuda con mi mamá, ella se dedicó a nosotros y me hizo quien soy, así que sentía que debía hacer lo mismo con Sara”.

Trabajo Seguro

“Siempre tuve claro que cuando tuviera un hijo iba también a tener mi propio negocio, quería contar con la libertad de manejar mi tiempo”, asegura Maritza y así fue. Su primer cliente fue su papá, un hombre recio pero terco, que gracias a su talante le facilitó aprender, desde la experiencia propia, cuál era la mejor manera de abordar a los productores. Así, su empresa Trabajo Seguro acompaña a los palmicultores en su proceso de formalización laboral y afiliaciones al sistema de seguridad y salud en el trabajo (SSGT), brindando asesoría en el cumplimiento de requisitos legales, realización de contratos, nóminas, reportes de accidentes de trabajo y aportes que deben cumplir como agroempresarios.

Formalizar es ganar

Aunque en la actividad agrícola, la informalidad es una constante, el sector palmero ha tomado gran ventaja al lograr formalizar al 82 % de los palmicultores, según cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).

Los sucesos que ocurren en el día a día de una plantación son el mejor ejemplo de que invertir en seguridad social es importante. “Hace poco tuvimos el caso de un trabajador que se lastimó un ojo, aunque él no le dio mayor importancia, podría categorizarse como un

accidente grave. Ha sido transportado en avión a cada una de sus citas médicas, se le cubren desplazamientos, hoteles, alimentación, acompañamiento, en total, a la fecha de este reporte, se habían invertido 6.400.061 mil pesos en los tratamientos, que hasta ahora empezaban, cuando su empleador, no había pagado sino seis mil pesos en concepto de ARL”.

Y es que para esta administradora en Salud Ocupacional el tema es prioritario. “Todos los involucrados en el sector de la palma debemos entender que la seguridad social y la seguridad en el trabajo se traducen en un componente social fundamental para el desarrollo de los trabajadores y por ende de los agroempresarios. Se trata de una inversión que genera múltiples beneficios y ganancias”. Para ella, uno de los errores más frecuentes que comenten los productores es creer que ya que allí trabajan sus esposas o sus hijos, no deben afiliarlos, pero nadie está exento de sufrir un accidente.

Aunque el fin de formalizar la labor agrícola es asegurar el bienestar integral del trabajador, la figura tiene un aspecto económico importante a destacar y es el dinero que el productor se verá exento de pagar en caso de un accidente o una fatalidad, puesto que el sistema de seguridad social se encargará de todos los requerimientos del empleado asegurando su bienestar y la tranquilidad económica tanto de su familia, como de su empleador. De esta forma, Maritza Camargo se ha convertido en el rostro que guía, la persona que escucha y que asesora, alguien que puede compartir desde su experiencia en el campo y la academia, las mejores opciones para que los trabajadores del sector palmero cuenten con todos los beneficios de la seguridad social, pero sobre todo, con los conocimientos necesarios para identificar y evitar accidentes.



**BUSCA EL SELLO
Y ELIGE ACEITE DE
PALMA COLOMBIANO.**

CONOCE MÁS EN WWW.LAPALMAESVIDA.COM

